

«Vamos a ver, tragón; que la hermosura
se asome por tus poros a mirarte».

«Infla y desinfla tus carrillos.
Mi pecho es como el fol de una gaita de carne.
¡Toca música de alegría,
gaitero de mis festivales!».

«Toca y duerme... así, poquito a poco,
mis brazos son la cuna mejor para brizarte!».

«Yo tenía una nana nanita nana ea...
Se me cayó en el pozo... vino el Rey a ayudarme...
La sacó con la pluma de su lindo sombrero,
y, haciéndote cosquillas, te la echó por el aire».

«Duérmete tú, mis ojos, lucero de mi aurora,
ruiseñor de mis noches, rosal de mis rosales...».

«No le aruñes tú, sol, gatito rubio.
Brisa, paloma azul, no vuelas, párate.
Clavad las mariposas con alfileres santos
dentro del ancho libro de la tarde.

«Ni vísperas de aroma toquen las azucenas,
ni los pájaros muevan, trinando, sus collares.
Que Dios nos ponga a todos un índice en la boca,
y el licor de los cielos nos embriague...».

De pronto queda abierta la ventana,
Deja ver un camino, y se dijera
que está pintado en campo sin besana,
pobre decoración que se moviera.
Por él, como en un éxodo angustioso,
van pasando otras madres: sin sonrisa,
la frente sin unción, el pecho ocioso...
Se cierra la ventana a toda prisa.
Lo trágico se fué. La luz se irisa,
y va el telón cayendo, despacioso.